Prólogo

MICHAEL MOORE

Mi relación con Ben Hamper ha provocado que me despidieran de mi trabajo, me demandaran por calumnia, que perdiera toda posibilidad de ser amigo de mi héroe Bruce Springsteen, y ahora además me fuerzan a que escriba este maldito prólogo para poder quedarme con mi gorra de béisbol favorita. Aunque en realidad se trata de la gorra favorita de Ben, solo que ahora que medio mundo me ha visto llevándola en *Roger & Me*, y como el propietario siempre tiene razón, hemos llegado al acuerdo de que será oficialmente mía si escribo este prólogo.

Permitidme que retroceda un momento...

La primera vez que oí hablar de Ben Hamper fue poco después del asesinato de John Lennon. Una columnista del *Flint Journal*, el periodicucho de nuestra ciudad (Flint, Michigan), había escrito que, teniendo en cuenta toda la rebeldía que Lennon había causado, su muerte en realidad era una cosa positiva para el país. Continuaba su arenga diciendo que, de no haber sido por él y por los Beatles, la gente de nuestra generación habría sido más decente y habría habido más ingenieros y abogados. Y entonces un tal Hamper escribió al *Flint Journal* diciendo: «Yo me gano la vida apretando tornillos en una fábrica y, como ferviente seguidor de Lennon, de pronto me siento abrumado al saber que, si hubiera evitado la música del muy sinvergüenza, podría haber triunfado en alguna noble vocación».

Pensé en tratar de encontrar al tal Hamper para ver si quería escribir en el periódico alternativo y quincenal que yo dirigía, el *Flint Voice*. Pero la idea no llegó a materializarse y pasaron otros seis meses antes de que llegara a la redacción una crítica no solicitada de un disco, que Ben envió junto a una nota en la que

decía que podíamos publicarla si queríamos. Se trataba de una crítica de un párrafo de longitud tan fastuosamente enferma que lo llamé de inmediato para hablarle de futuros artículos.

Después de escribir varias piezas para el *Voice*, resultaba evidente que dentro de él había más cosas que necesitaban salir. Le pedí que considerara hacer una columna sobre la vida en una fábrica, o sobre cualquier otro tema de su elección. De este modo, además de artículos sobre la cadena de montaje de General Motors, escribió reportajes sobre imitadores locales de Elvis, curanderos y restaurantes de medio pelo. Tendría que haberle frenado los pies en ese momento, pero se estaba metiendo con tantísima gente que simplemente no fui capaz de detenerlo.

Y entonces Ben escribió sobre uno de los bares que él frecuentaba, un lugar donde los puñetazos estaban tan a la orden del día que un dentista inteligente debería haberse planteado abrir una consulta en la puerta de al lado. «Lo que este lugar pierde en audiencia lo gana en ambulancia», había escrito. En fin, el bar cerró al poco tiempo y su dueño me demandó, asegurando que los comentarios de Hamper habían arruinado el negocio. Por suerte, el juez del caso había sido mi monitor en los boy scouts y, poniendo a Dios por testigo, me creía firmemente incapaz de cometer errores, así que desestimó el caso.

La columna de Ben, «Impresiones de un Cabeza de Remache» se convirtió en lo más leído del *Flint Voice* y, cuando el periódico pasó a ser el *Michigan Voice*, su popularidad se disparó aún más. *The Wall Street Journal* le dedicó una primera plana, la revista *Harper's* reeditó uno de sus artículos y hasta una compañía de zapatos quiso que Ben promocionara sus botas industriales («Ben sabe de botas»). Mientras tanto, se largaba de su puesto en General Motors en mitad del turno de noche, venía a la oficina del *Voice* y trataba de convencer al equipo para que dejaran de trabajar y se unieran a él en alguno de sus numerosos vicios. Recuerdo una noche en concreto en la que Ben trataba de involucrar al personal en un juego de dardos en el césped dentro del edificio, y como diana había puesto un póster de su presidente, Roger Smith. Supongo que aquella era nuestra propia versión del Nuevo Periodismo.

Por fin, después de casi diez años publicando el *Voice*, un millonario liberal me pidió que me mudara a San Francisco para convertirme en el editor de la revista *Mother Jones*. Al dueño le gustaba la «realidad obrera» del *Michigan Voice* y quería introducir un poco de eso en *Mother Jones*. Tiempo atrás, esta había sido la revista reivindicativa más importante del país, pero en esos momentos se trataba de un boletín blandengue y cursi que había perdido más de 80.000 suscriptores. Cuando aterricé en California dispuesto a cumplir mi misión y salvar la revista, uno de los primeros escritores a los que recurrí fue a Ben Hamper, quien escribió un artículo muy divertido que titulé «Yo, Cabeza de Remache», y lo coloqué en la portada de mi primer número. Le dije a Ben que podría continuar su columna habitual en cada número de la nueva revista, e incluso lo envié a un tour promocional.

Dejad que os diga algo: si alguna vez un millonario os dice que quiere añadir un poco de «realidad obrera» a su revista, no lo creáis. Cuando estaba ultimando los detalles del tercer número, el millonario se presentó en mi oficina y, blandiendo una copia de la última columna de Hamper, me preguntó si de verdad tenía intenciones de publicar aquella sarta de groserías. «Sí», contesté. «Hasta nunca», dijo él. Y al día siguiente me encontraba haciendo cola en el paro.

Volví a Flint, donde Ben trató de levantarme el ánimo dejándome su colección de entrevistas a Charles Manson. Vi que en la misma estantería había una gorra de béisbol que, así lo sentí yo, resumía perfectamente mi vida en ese preciso momento: en la parte delantera había una trucha gigante que decía: «Estoy pescando truchas». Se la pedí prestada y Ben me la dejó con la condición de que se la devolviera pronto.

Al día siguiente, Roger Smith anunció el despido de otros 10.000 trabajadores en Flint e, incitado por el nuevo curso de los acontecimientos, decidí hacer una película en la que iba a intentar que Smith viniera a Flint para que pudiera ver con sus propios ojos qué le ocurre a la gente cuando se la deja de patitas en la calle. El primer día de rodaje salí con la maldita gorra de Ben puesta, de modo que tuve que seguir llevándola durante toda la grabación. Aquella gorra se convirtió en el símbolo de la película, y Hamper no volvió a ponérsela nunca sobre su calva.

Cuando estábamos terminando de rodar *Roger & Me*, intenté que Bruce Springsteen me dejara usar su canción «My Hometown» en la película. Fui a Nueva York para encontrarme con Dave Marsh, amigo y biógrafo del cantante, y pedirle su ayuda. Pero, en lugar de conseguirla, Dave llamó mi atención sobre una columna de Hamper que yo había publicado hacía tiempo en la que Ben se burlaba de *El Jefe* por ser un multimillonario que cantaba temas sobre el trabajo en las fábricas. Aunque me arrastré delante de Marsh y le aseguré que yo repudiaba absolutamente todo lo que Ben Hamper defendía, él no dio su brazo a torcer: «Tú fuiste el responsable de publicar esto, y Ben es mi enemigo ideológico». Me echó de allí, y así es como perdí la oportunidad de salir con los muchachos por el Stone Pony. (La distribuidora de *Roger & Me*, Warner Bros., una de las mayores agrupaciones mediáticas del mundo —pero no el enemigo ideológico de nadie— acabó obteniendo el permiso de Springsteen para que su canción saliera en la película.)

Tras su aparición en *Roger & Me*, Ben se hizo mundialmente famoso como «el tipo de la clínica mental que sale jugando al baloncesto y que se pone a cantar una canción de los Beach Boys». Hamper me ha contado que más de una persona lo ha parado por la calle para hacer comentarios sobre su talento para el bloqueo en baloncesto, su destreza como cantante o su mirada a lo John Hinckley.¹ Pero, a pesar de haber tenido ya un papel memorable en el celuloide, nadie ha reconocido aún el talento literario que él y las monjas siempre supieron que tenía, así que se encerró en el cobertizo de su jardín y se puso a escribir este libro para dejar las cosas claras.

El resultado es, a mi entender, una obra maestra de la literatura, que narra con un humor negro divertidísimo la realidad de la clase obrera americana. El presente libro establece a Ben como una de las grandes voces de los años noventa, una de la que sin

---

¹ John Warnock Hinckley Jr (1955) es un ciudadano estadounidense que intentó matar al presidente Ronald Reagan el 30 de marzo de 1981 en Washington, D.C., con la intención de impresionar a la actriz Jodie Foster. Fue declarado no culpable por motivos psicológicos y ha permanecido bajo supervisión médica en un centro psiquiátrico desde entonces. (Todas las notas son de la traductora)

duda oiremos hablar a menudo. Al menos, debería confirmarle un puesto en la historia editorial como el primer autor que escribió un gran libro mientras se encontraba bajo supervisión médica y bajo la influencia de once medicamentos milagrosos distintos. (Ya me estoy imaginando la presentación de Regis Philbin en su programa televisivo: «Den la bienvenida al autor y paciente externo... ¡Ben Hamper!».) E, independientemente de lo que vaya a ocurrir, Hamper todavía tendrá el récord de tiros libres tanto en la clínica mental como en mi casa.

Por supuesto, al leer lo que Ben dice en estas páginas, uno no puede evitar plantearse quiénes son los locos en realidad. El descabellado sistema que conocemos como cadena de montaje está diseñado para negar toda individualidad y aniquilar cualquier atisbo de autoestima. ¿Os habéis preguntado alguna vez quién ha construido vuestro coche? ¿Pensáis en algún momento en el coste personal que supone para esos individuos que se pasan los mejores años de su vida encerrados en una fábrica abrasadora, sucia, aburrida y deshumanizadora, junto a ese cinturón herrumbroso, el latido de América? Bueno, les pagan muy bien, es decir, teniendo en cuenta que se trata de trabajos no cualificados. ¡Joder, deberían estar agradecidos de tener al menos un trabajo! Y en este libro Ben Hamper explica lo suertudo que es.

Ben y yo crecimos en Flint, Michigan, y ambos somos hijos de obreros fabriles. Se suponía que nunca deberíamos haber salido de ahí, y que usted nunca debería haber oído hablar sobre nosotros. Todo se reduce a un asunto de clase, de saber el lugar que nos corresponde, y de tener en cuenta que un lugar como Flint, Michigan, no existe para la prensa ni para los que toman las decisiones. Incluso los liberales de este país no saben qué hacer con los Ben Hamper. A menudo hablan, como es su deber, de las desgracias de nuestra sociedad, pero raramente dicen nada sobre la clase social, sobre la separación cada vez mayor que hay entre ricos y pobres, entre aquellos que sudan para conseguir dinero y los que simplemente lo heredan o lo roban legalmente. ¿Creéis que se paran un segundo a pensar por lo que estará pasando la persona que remacha los estribos laterales de sus coches?, ¿eh? A eso me refiero.

Tanto Ben como yo estábamos decididos a no acabar en la cadena de montaje. Por eso yo puse en marcha mi propio periódico y Ben escribía poesía mientras pintaba casas. Desgraciadamente, un día Ben llegó a la conclusión de que nadie iba a reconocer en él ningún destello creativo, así que se rindió y acudió a la fábrica. Yo también tuve pensamientos parecidos pero, después de que me contratara Buick, no tuve agallas para hacerlo, y el primer día de trabajo llamé para decir que estaba enfermo. Nunca llegué a atravesar las puertas de la fábrica.

Me alegro de que nuestros caminos se cruzaran y de que, cada uno a su manera, nos aferráramos a la creencia de que, no porque nuestros padres comieran de tartera y compraran en tiendas de descuento, nosotros estábamos abocados a ser invisibles y a no tener voz.

Cada uno al final ha tenido su oportunidad. Pero la gorra de béisbol todavía está en mi poder.

Introducción

Esta noche las Estrellas Muertas del Rock nos cantan a mí y a los chicos de la cadena de remache. Hendrix. Morrison. Zeppelin... El catálogo al completo desparramándose por el radiocasete casero de Hogjaw. Hay un poco de Joplin, otro poco de Brian Jones y mucho de Lynyrd Skynyrd. Estrellas muertas llenas de malicia y de dulce confusión, desgañitándose hoy y todas las noches, aullándonos mientras nosotros destrozamos la cuota de producción.

Estamos todos. Departamento 07, línea Blazer/Suburban, puesto FF-15 estarcido con un aerosol de pintura negra sobre la gran viga de hierro que hay detrás de la mesa de trabajo de Dougie. Estamos construyendo camionetas caras para la corporación General Motors. Hemos vuelto una vez más para forcejear con nuestras partes y para escuchar a las Estrellas Muertas del Rock afinando por encima del estruendo industrial.

La música brota desde uno de los estantes de la mesa de trabajo de Dougie, donde tenemos escondido el estéreo de Hogjaw. Justo antes de que empiece el turno, Dougie lleva a cabo el complicado ritual de pasar los cables y alambres del altavoz por una pata hueca de su mesa, desde el aparato hasta la base de una fuente de agua que hay detrás de su puesto. El camuflaje tiene que ser perfecto, ya que utilizar una toma de corriente de General Motors para convocar a las Estrellas Muertas del Rock va en contra de la política de la empresa. Solo nos permiten tener radios a pilas.

Al principio, Hogjaw obedecía esta norma, aunque no era fácil. Debido a la gran demanda de electricidad que requería su radio casera, nuestro compañero necesitaba arrastrar todos los días a la cadena una batería de coche. Cada tarde se le veía

atravesar con esfuerzo el aparcamiento, con la tartera debajo de un brazo y su querida radio de coche Delco Weatherbeater sobre el otro hombro. Tras él iban un par de remachadores sujetando los altavoces con los brazos cual portadores de los féretros de las estrellas fallecidas.

Al cabo de más o menos un mes, los guardas de seguridad decidieron poner fin al desfile y se prohibió el uso de baterías de coche. Al parecer, habían llegado a la conclusión de que dejar que los empleados entraran a las instalaciones de la fábrica con las baterías de sus vehículos a hombros sentaría un peligro precedente. Después de todo, ¿la cabeza de quién rodaría si alguno de aquellos radiocasetes sónicos llegara a sobrecargar la cadena de montaje y arrojara un porrón de ácido de batería sobre los ojos y oídos de la brigada de los aprietatuercas? ¿las de los rockeros muertos? ¿las de las ratas de fábrica muertas? No en mi puto turno.

En cuanto a la popularidad de las Estrellas Muertas del Rock en la cadena de remache, mi teoría personal es la siguiente: su música es redundante y completamente predecible. Hemos escuchado sus canciones un millón de veces y, en este sentido, es una melodía que refleja infinitamente el tedio de nuestras tareas de ensamblaje. Y, como la cadena de montaje no es más que la extensión natural de la rutina monótona del instituto, resulta lógico que los mismos hastiados pasotas que solían saltarse la clase de Economía para echarse un cigarrillo en el baño de los chicos, más tarde acaben fosilizados con las bandas sonoras en las que hibernaban desde los implacables años de juventud. Dejad que los lumbreras de Ciencias Económicas se queden con David Byrne y Laurie Anderson, los Cabeza de Remache necesitan su «Purple Haze» y «Free Bird» de la misma forma que tiene que haber hoy para que haya mañana.

Son las reglas del populacho, y el populacho exige la presencia de Estrellas Muertas del Rock en el balcón del coro. Por supuesto, esta disposición da pie a gran cantidad de quejas por parte de los compañeros de la cadena que no guardan ningún tipo de lealtad sagrada a las canciones de los rockanroleros pasados a mejor vida.

Por ejemplo, Dick, el tío que se dedica a montar las suspensiones traseras. Trabaja justo enfrente de Doug, y cada noche recorre el mismo camino que le obliga a ingerir la máxima dosis del ruido de los artistas caídos. No es nada extraño ver a Dick dando una profunda calada a uno de sus omnipresentes Winstons mientras mira fijamente al radiocasete con ojos enfurecidos y una mueca perversa en el rostro, que parece estar suplicando a voces que el transistor deje de funcionar, o que el altavoz de agudos sufra un colapso, o cualquier otro tipo de intervención divina.

Eddie y Jehan prefieren el rap. De vez en cuando, Jehan trae su propia radio de batería y entre él y el todopoderoso aparato de Hogjaw se establece una guerra de a ver quién mete más ruido. Los reyes del rap contra las estrellas muertas del rock contra la constancia del sonido metálico industrial. Una atronadora amalgama que debe ser como meter la cabeza dentro de la cola de un Concorde cuando está despegando.

La postura de la dirección en todo ese asunto puede resumirse, por norma general, en «ojos que no ven, corazón que no siente». Si el tipo de la corbata no tiene evidencia visible de cómo estás desperdiciando millones de dólares pertenecientes a la corporación, lo más seguro es que se sienta inclinado a dejar que la música siga fluyendo. Él se queda libre de cualquier culpa, y además así no lo llaman aguafiestas. Puede hacerse el tonto y pretender que todos esos solos de guitarra que chirrían en mitad del turno de noche no son más que el alegre resultado de una mano de obra contenta y satisfecha. Su jefe lo apreciará, su mujer lo querrá, caerá bien a sus hombres y de algún modo la compañía saldrá adelante. La industria marcha viento en popa. ¡Chapó!

Pero, en ocasiones, incluso las victorias tienen un precio. No olvidemos que General Motors ya ha informado a sus trabajadores de que este año no va a haber ningún reparto de beneficios. Mucho despilfarro, muchas adquisiciones, pocos peniques, e imagino que tampoco debe de haber demasiados ojos que vean las facturas con todos esos gastos.

En fin, qué puedo decir. Estoy aquí sentado esperando a que llegue el próximo chasis, moviendo los pies al ritmo de los

rockeros fallecidos. Tres metros a mi derecha se oye el chorro de los incalculables billones succionados de las arcas corporativas desde la base de la fuente de agua que está detrás de la mesa de trabajo de Dougie.

Estoy aquí pensando que las estrellas de rock, incluso las que ya estás muertas, no son nada baratas.